

Europa y sus futuros

Las elecciones europeas del 9 de junio de 2024 suponen un triple reto para los demócratas, los europeístas y los progresistas. Primeramente hay que estimular la participación y centrar el debate en las cuestiones europeas. Estos comicios son considerados a veces -equivocadamente- de segundo orden por una parte de los votantes (a juzgar por la mayor tasa de abstencionismo), además de ser valorados como una especie de indicador indirecto sobre la popularidad de los gobiernos de turno.

En cuanto a participación, partimos de un dato positivo, ya que en 2019 subió por primera vez la participación a nivel europeo desde las primeras elecciones en 1979. Hubo además un avance en el planteamiento de un debate más paneuropeo, con una especial atención a la cuestión climática (sobre todo, por parte de los jóvenes). En el caso español, aumentó significativamente la participación, en buena parte influida por la coincidencia con las elecciones municipales y autonómicas. Lo que no es el caso en esta ocasión. Además, en lugares como el País Vasco y Cataluña, la ciudadanía ha sido llamada a las urnas dos veces en menos de dos meses. Lo que podría ser un cierto desincentivo para volver a participar en las europeas.

Con todo, varios de los acontecimientos que han tenido lugar desde 2019, así como la aceleración de determinados fenómenos estructurales, acrecienta la importancia de la esfera europea e internacional para la vida cotidiana y concreta de las personas. No se trata solo de asuntos como el cambio climático como problema que tiene una evidente naturaleza transfronteriza, sino también de retos como la digitalización y la inteligencia artificial, o las migraciones, como "cuestiones" que requieren de una gobernanza transnacional. Tal estado de opinión se vio reforzado con

la pandemia del coronavirus, y la guerra de agresión a Ucrania, que ha puesto de relieve la urgencia de una política de Defensa y Seguridad europea y requieren respuestas europeas, con medidas como la compra mancomunada de vacunas. A lo que hay que añadir el Plan de Recuperación para Europa, que ha supuesto por primera vez la emisión de Deuda común para financiar transferencias a los Estados, o el apoyo financiero, diplomático y militar prestado a Ucrania. En España, las encuestas del CIS muestran que todo lo que se decide en Europa se piensa que concierne mucho o bastante a nuestra vida cotidiana (82%).

Es responsabilidad de las instituciones europeas, particularmente del Parlamento Europeo, de los Estados, y de la sociedad civil pro-europea activarse para desarrollar una pedagogía que permita aprovechar la oportunidad de influir con el voto en una de las tres instituciones clave de la integración europea, como es el Parlamento, junto al Consejo (el otro co-legislador), y la Comisión (el ejecutivo). Esto es particularmente importante porque si bien ha aumentado la percepción popular de que Europa es un centro relevante de decisiones políticas donde todavía puede

persistir la noción equivocada de que en la Unión Europea solo mandan los gobiernos y que la Eurocámara es solo una parte del "atrezzo", cuando en realidad el Parlamento que vamos a elegir colegisla con los Estados en pie de igualdad en la mayoría de las políticas.

En cuanto a la calidad del debate electoral, en España es posible que el Partido Popular, como ya ha hizo en las municipales y autonómicas de mayo de 2023, trate de construir un marco exclusivamente nacional, con especial atención a los asuntos más polarizadores, como la ley de amnistía, pervirtiendo una vez más el sentido de los

Las fuerzas progresistas europeas tienen que ofrecer a los electores un programa ambicioso que permita avanzar hacia una Europa más social, democrática, racional, ecológica, solidaria y feminista, poniendo freno a las tendencias de involución regresiva y deshumanizante que trata de imponer la ultraderecha.

comicios. Por lo tanto, corresponderá al PSOE, como la fuerza política no solo de gobierno, sino también la más europeísta, plantear el debate en sus justos términos: con el examen de una legislatura europea exitosa, desarrollada con un espíritu de solidaridad (que contrasta con la legislatura de la crisis financiera y del euro), situando el futuro de Europa en un contexto geopolítico revisionista y radicalmente distinto del que surgió tras la caída del Muro de Berlín. La correlación de fuerzas que salga de estas próximas elecciones europeas permitirá -o no- tener una dirección política en la Unión Europea más inclinada en favor de unos determinados valores y principios que de otros.

El segundo reto consiste precisamente en intentar conformar una mayoría democrática pro-europea, frente a los riesgos del ascenso de la ultraderecha (ya sea xenófoba, racista, antifeminista, etc. pero siempre euroescéptica o eurófoba), particularmente teniendo en cuenta que según los sondeos el Frente Nacional de Le Pen es primera fuerza en Francia (30% de intención de voto), en Italia la primera ministra Meloni es la líder de un partido posfascista y de derecha tradicionalista, en Finlandia las extremas derechas están en el gobierno de coalición, en Suecia lo apoyan desde el parlamento, en Holanda el extremista anti-musulmán Wilders es el líder de la fuerza política más votada, y en Portugal, Chega se ha disparado hasta convertirse en el tercer grupo parlamentario partiendo prácticamente de la nada.

La Unión, desde su fundación en 1950, ha funcionado sobre la base de la colaboración entre las fuerzas protagonistas del pacto liberal-demócrata (Y hasta Thatcher y Reagan, también social) de la posguerra: socialdemócratas, democristianos, y liberales, más el añadido ulterior de los Verdes. Debiera seguir siendo así, pero lamentablemente el Partido Popular Europeo (PPE) no solo tiende a abandonar la sensibilidad social de la vieja democracia cristiana, sino que además está copiando elementos centrales del discurso ultraderechista, en política migratoria (respaldando las devoluciones en caliente, que son ilegales), en política ambiental (abjurando en el último tramo de la legislatura del Pacto Verde) y en igualdad de género, habiéndose abierto a colaborar con la ultraderecha en Suecia, Finlandia e Italia. Algo que hubiera hecho también en España de haberlo permitido el resultado de las elecciones del 23 de julio de 2023. Por lo que el primer problema que se plantea es que los contornos

de esa necesaria mayoría pro-europea tradicional ya no están tan claros, y que al igual que en nuestro país, es preciso evitar que la aritmética pudiera conducir a una alianza parlamentaria entre el PPE y los grupos de extrema derecha. Por lo que asegurar una mayoría europeísta en la nueva Eurocámara requiere un buen resultado de los progresistas, que permita cerrar el paso a esa hipotética coalición, pero también para reforzar la orientación social del proyecto europeo.

Los socialdemócratas, en particular, a pesar de ser la segunda fuerza política en el Parlamento Europeo, han sido capaces de alentar el giro social y ambiental de esta Comisión Europea, aun presidida por la democristiana Von der Leyen, condicionando el apoyo a su elección a proyectos fundamentales como la Directiva de Salarios Mínimos, antes impensable en el "establishment" neoliberal de Bruselas, o al propio Pacto Verde para la transición ecológica y la neutralidad climática. De hecho, Pedro Sánchez también reclamó ulteriormente, y obtuvo, un "nuevo Plan Marshall" (el fondo Next Generation EU). Por lo tanto, la última legislatura ha estado aquilatada por la exitosa presidencia española del Consejo. De ahí la importancia de seguir profundizando en esta dirección, y de proponer a los electores un ambicioso programa para construir una Europa más social, democrática, ecológica, y feminista, como el mejor freno a la ultraderecha. De hecho, cada vez más ciudadanos reclaman que Europa afronte cuestiones como el pleno empleo, la lucha contra las desigualdades, o la vivienda.

En un mundo que camina hacia tantos interrogantes y retos críticos, y en el que tanto se echan en falta elementos de equilibrio razonable, la Unión Europea es un auténtico tesoro para los europeos, que se tiene que potenciar, dotar de un poder ejecutivo más resolutivo y convertir en un actor colectivo racional y potente en contextos internacionales, cada vez menos "racionales" un actor capaz de ordenar de puertas adentro la globalización, y de potenciar hacia fuera la solidaridad.

Por ello, en la legislatura europea 2024-2029 hay que abordar la reforma en clave federal de los Tratados, ante la perspectiva de la ampliación, de modo que la política exterior europea o la fiscal no queden bloqueadas por los vetos nacionales, y que el futuro Parlamento Europeo disponga de la capacidad de aprobar las fuentes del presupuesto, así como otras iniciativas legislativas necesarias. Y positivas. **TEMAS**